

Los salones de las madrileñas en

Paloma Fernández-Quintanilla

UN aspecto de la investigación sobre la Ilustración española que ha sido ciertamente relegado por los especialistas, considerándolo quizás como un capítulo menor, es el estudio de nuestros «salones» madrileños animados por damas de la aristocracia que se adhirieron sin reservas a la Ilustración.

¿Existieron realmente salones en la capital de España comparables a los que había en París o nuestro despotismo ilustrado aliado al atraso de nuestras costumbres, sobre todo en lo que se refería a la libertad del sexo femenino, lo impidió?



La Condesa-Duquesa de Benavente.

“damas ilustradas” el siglo XVIII

EL PRECEDENTE FRANCES

Los salones animados por damas francesas no se inician realmente en el XVIII sino que se remontan al siglo anterior. Incluso en el XVI eran ya frecuentes en Francia las reuniones de damas y caballeros de la nobleza, como vemos magistralmente retratadas por Margarita de Navarra en su «Heptamerón». Fue la Marquesa de Rambouillet, en el XVII, la primera dama que dio a estas reuniones un carácter literario. Su salón llegó a adquirir tal importancia que tuvo que construir un soberbio palacio, destinado especialmente para recibir a su cenáculo, en el que presidía ella la conversación, sentada en su estrado y asistida por su mimado Malherbe.

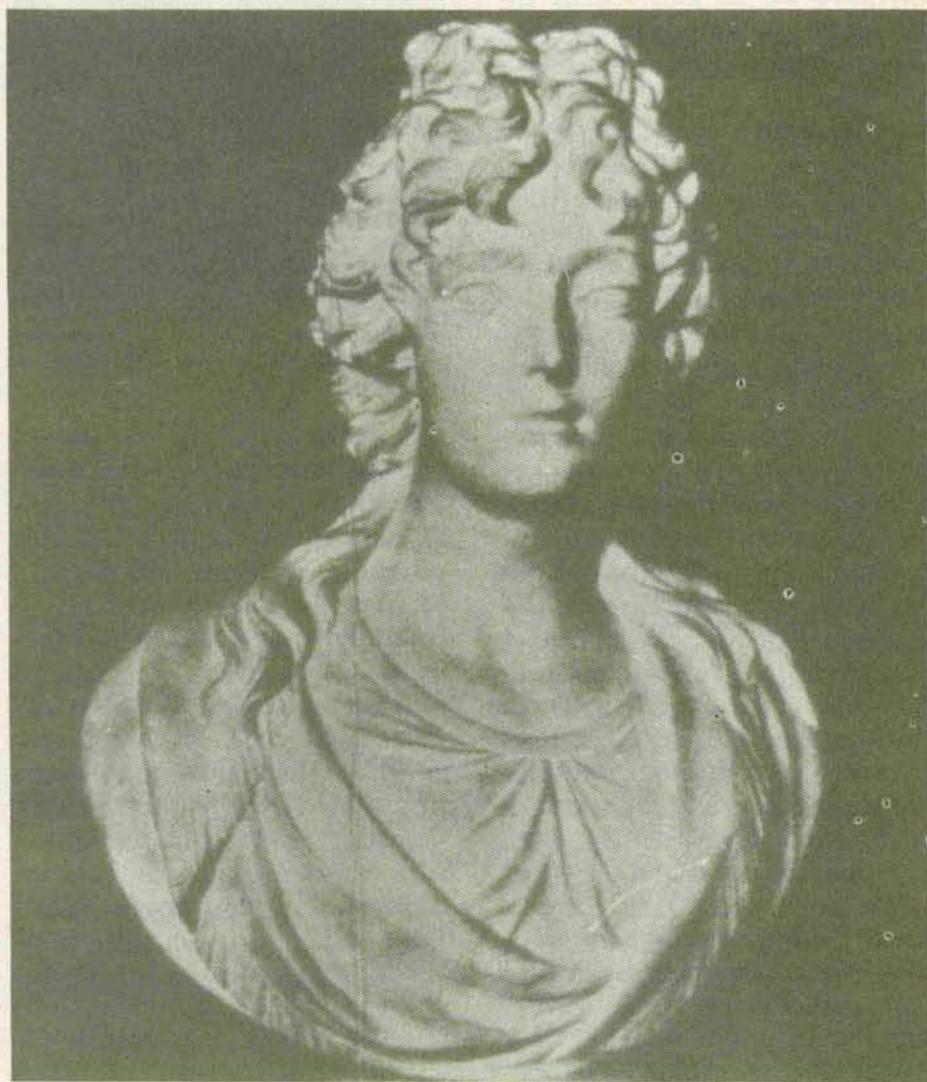
Basados sin duda en este modelo se fueron abriendo en el XVIII nuevos salones literarios, entre los que destacó el de Mademoiselle de Scudery, escritora ya ella misma, con el nombre de «Sapho», y al que asistían otras mujeres escritoras. Alguna de la talla de Madame de La Fayette, la inolvidable autora de la «Princesa de Cleves».

La proliferación de estos salones literarios, que llegaron a convertirse en moda, terminó dando lugar a que se empezase a recelar de ellos en la Corte de Versalles. Y no faltaron críticos que trataron de ridiculizar a estas damas, que tenían la osadía de pensar y discutir sobre asuntos «que no eran propios de su sexo». En

1659 se representó en la capital francesa «Las Preciosas Ridículas», de Jean Baptiste Poquelin, que en tan mal lugar deja a las contertulias de estos salones. La obra constituyó un auténtico regocijo, especialmente para el Rey, que tenía pobrísima opinión de estas damas. Trece años más tarde vuelve Molière a insistir sobre el tema, con sus «Mujeres sabias», en el que crea el personaje de Armanda, prototipo de la pedante de salón, indudablemente tomado de la reali-

dad parisina. Armanda brilla por su absoluta falta de moderación, por sus juicios tajantes y por querer saberlo todo. Haciendo de ella un personaje incómodo y antipático expresaba Molière las conclusiones a que deseaba llegase su auditorio. Sin embargo, a pesar de sus críticas, él también acudía a un salón femenino, el de Ninón de Lenclos. Donde le gustaba preguntar a las contertulias su opinión sobre sus obras (1).

A medida que va avanzando el



Busto de la Duquesa de Alba.

siglo va evolucionando la orientación de estos salones. De la discusión exclusivamente literaria se pasa a la científica y cultural, de la que tan amantes se muestran los ilustrados. Pero, poco a poco, es la discusión política la que termina por dominar.

Se empieza cuestionando la estructura de la sociedad francesa y, especialmente, la Monarquía absolutista, que detenta el poder. Y algunos comienzan a introducir en la reunión la necesidad de tomar conciencia desde las clases elevadas de la presencia de nuevos grupos sociales, que no son los tradicionales y que vienen empujando.

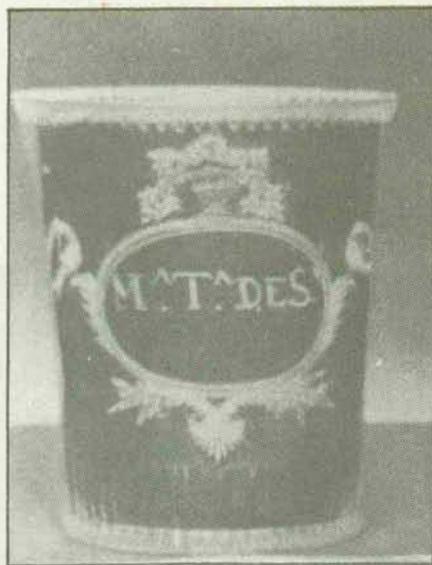
Esto aumentó aún más los celos de la Corte contra los salones, temerosa no ya de que su atractivo la robase clientela, sino de la perniciosa influencia que ejercían, que pudiera llegar a trascender hasta la calle.

Las reuniones de Madame de Lambert son sin duda el modelo del salón enciclopedista. Su influencia llega a conseguir abrir las puertas de la Academia a más de veinte de sus protegidos. Entre ellos, al propio Montesquieu. Madame Geoffrin —que nos ha dejado Chardin en un expresivo retrato— convirtió su salón, según nos cuentan los hermanos Goncourt, en «un centro de inteligencia, en un tribunal del buen gusto, al que Europa iba a tomar consignas y del que el mundo entero recibió la moda de las letras francesas» (2). El de Madame Du Deffand, más literario que intelectual, proclamando que el teatro debía ser fiel reflejo de la vida, abre las puertas al teatro revolucionario.

En todos estos salones se acogía a literatos, pensadores y científicos sin ningún tipo de discriminación social. Por primera vez se valora a la persona, la importancia o brillan-

tez de su pensamiento y no su estatus social o su condición de nobleza. Esto representó una auténtica subversión en el sistema de valores tradicionales, estableciendo el propio del despotismo ilustrado.

La pasión científica mordió también en las damas, a través de los salones. Asistían a las conferencias de físicos y astrónomos, seguían de cerca las nuevas teorías matemáticas recién venidas de Inglaterra, no pocas tenían, como cualquier ilustrado que se preciase, su propio «cabinet



Vaso de cristal, de mesa y de campo, que perteneció a la Duquesa de Alba.

des curieux», en los que se acumulaban junto a las especies zoológicas raras, minerales, corales y pájaros, en abigarrado conjunto. Y alguna llegó a disponer de su laboratorio de Física, como la Marquesa de Châtelet, en el que se entregaba con Voltaire a experimentos más o menos inocentes. Otras se apasionaron por la Medicina. Y Madame de Genlis tenía conocimientos tan diversos que lo mismo daba una conferencia sobre Geografía, que sangraba gentilmente a sus amistades o tocaba el arpa. Aunque su ocupación favorita, al decir de estas amistades, era escribir novelas infames (3).

Un grupo con entidad propia dentro de los salones parisinos lo constituían aquellos presididos por una escritora de fama. El ejemplo más notable, aunque tardío, es posiblemente el de Madame de Staël, a caballo ya con el nuevo siglo, cuya actividad política dio lugar a los múltiples exilios de su anfitriona, que se trasladaba entonces con toda su corte de admiradores y tertulios a su residencia de Coppet, en las orillas del lago de Ginebra. Viviendo todos a sus expensas, como es natural.

No pocas de estas actividades femeninas fueron, como no podía menos de suceder, superficiales e impulsadas tan sólo por el prurito de seguir las corrientes de la moda. Pero hubo también mujeres cuya capacidad intelectual las hizo destacar, convirtiéndose en vanguardias de su época. Algunas publicaron sus ideas y no son infrecuentes aquellas que comienzan preguntándose sobre la propia condición femenina. Es el momento en que aparecen los primeros estudios que hoy llamaríamos feministas, planteando el tema de la necesidad de una revisión del papel marginal que la vieja sociedad tradicional había asignado a la mujer. Y que la realidad imperante en el París de la Ilustración estaba demostrando que era totalmente injusto.

Madame Gaucon Dufour publica por entonces su memoria «Pour le sexe féminin, contre le sexe masculin». Madame de Coigny lo hace a su vez con «Les Femmes, comme il convient de les voir». Y el Cercle Social edita sus «Motions en faveur du sexe», en las que denuncia la alienación de la vida de la mujer francesa del estado llano. Y así encontramos otros muchos ejemplos dentro de esta misma línea.

Realmente la mujer de condición—que a estas alturas es ya sinónimo de nobleza de origen—estaba en todas partes y puede decirse que, en cierto modo, lo manejaba todo. Era amiga de los políticos, de los militares, de los nobles y se movía en los salones, en los despachos, en las antesalas de palacio, en las propias habitaciones del Rey. Montesquieu, exagerando sin duda esta situación, denunciaba en sus «Lettres persannes» lo que él consideraba como una verdadera masonería femenina. «No hay nadie que desempeñe algún cargo en la Corte, en París o en provincias, que no tenga una mujer por las manos de la cual pasan todas las gracias que pueda conceder y también, a veces, las injusticias que pueda cometer. Todas esas mujeres sostienen relaciones entre sí y llegan a formar una especie de república, cuyos miembros, siempre activos, se prestan ayuda y se favorecen mutuamente. Viene a ser como un nuevo estado dentro del Estado. Quien esté en la Corte, en París o en provincias y ve actuar a ministros, magistrados o preladados y no conoce a las mujeres que los dominan, se asemeja a un hombre que viese cómo funciona una máquina a la perfección, pero ignora todos sus resortes» (4).

La masonería francesa—dicho sea de paso—, en su vertiente femenina, existió en realidad, aunque no tenía nada que ver con las preocupaciones de Montesquieu, ni contó nunca con numerosas adeptas. En 1774 el Gran Oriente francés creó en efecto un nuevo rito, que se llamó de «adopción o masonería de damas» y que permitió la integración de éstas a la secta. Un año más tarde vemos ya varias «logias de adopción» funcionando, de las que la más famosa fue la de «Candeur»,

en la que militaba la propia prima del Rey, que llegó a ser Gran Maestra. No conocemos las ideas que estas logias, pudieron tener sobre la condición de la mujer y su emancipación. Sí sabemos, por el contrario, que en España estas logias de adopción no aparecieron hasta bien entrado el siglo XIX y que, en consecuencia, muestras ilustradas no tuvieron opción a ellas.

Otro aspecto de las ilustradas francesas que tampoco tuvo reflejo en España, fue su contribución a la Revolución,



puesto que tampoco nuestro país vivió este proceso histórico. Algunas fueron tan famosas como Madame Rolland, Theroigne de Mericourt y, sobre todo, Olympe de Gouges, que murió en la guillotina por sostener que había que conceder también a las mujeres la Igualdad que la Revolución reclamaba para los hombres. «Le Moniteur» del 19 de noviembre de 1793 decía de ella: «Quiso ser un hombre de Estado y parece ser que la Ley haya castigado a esta conspiradora por haber olvidado las virtudes propias de su sexo» (5).

Madame Rolland no llegó a ser tan avanzada en sus ideas. En 1791 escribía: «No creo que nuestras costumbres ac-

tuales nos permitan todavía ocupar puestos públicos. Nuestra misión es, pues, la de propalar el bien y alimentar y avivar todos los sentimientos útiles a la Patria, pero en forma alguna debemos parecer participar en el quehacer político» (6).

Pero si España no vivió la Revolución sí aportó a la francesa una figura singular, que aún nos asombra por su originalidad: Teresa Cabarrús. Hija de nuestro ministro ilustrado, casada con un noble francés, desde el primer momento vivió con extraordinaria intensidad la fiebre revolucionaria. Llegó a publicar con su nombre un «Discurso sobre la Educación» que, evidentemente, no fue escrito por ella. Su bondad en la ayuda de los perseguidos por la Revolución la hizo acreedora al sobrenombre de «Nuestra Señora de Thermidor», con el que ha pasado a la Historia. Una vez pasada la gran borrachera de la Revolución todo este fuego de artificios de la mujer ilustrada se deshizo como una tormenta de arena. Con la Restauración una de las primeras preocupaciones del Poder fue volver a reducir a la mujer a su primitiva condición de esposa y madre, «que nunca debió abandonar».

LOS SALONES MADRILEÑOS DE LA ILUSTRACION

Es, esta pintura de los salones y de la mujer francesa de la época, antesala obligada para comprender nuestro propio escenario nacional. En España, por desgracia, la investigación histórica del fenómeno de las «ilustradas» no ha llegado a alcanzar aún la profundidad que nos ofrece el país vecino.

En Madrid hubo también salones presididos por damas, como en París. Pero los salo-

nes de las damas madrileñas no tenían, en absoluto, los mismos fines que los de las francesas. Eran, en general, ocasiones de esparcimiento y recreo, más que antesalas del cambio histórico, como ocurrió en París.

Nuestras aristócratas carecieron, sin duda alguna, y a pesar de su condición de ilustradas, del deseo de transformación política. Su reformismo no pasó del meramente cultural e incluso, a veces, esa actividad se nos ofrece dudosa, sin coherencia seria y sí, en ocasiones, con los caracteres de una diversión superficial.

Para Carmen Martín Gaité «se quedaban en mera forma, sin contenido, puro signo exterior de prestigio, igual que los amigos que pudieron frecuentarla, pretexto para el propio lucimiento» (7).

Bien es verdad que si nuestras damas no gestaron en sus salones ninguna revolución his-

tórica, tampoco se estaba gestando ésta fuera de los mismos. Sí se estaba realizando un programa de reformas, paulatinas y moderadas, pero nada tan profundo como lo que vivió nuestro país vecino. Y a estas prudentes reformas sí se adhirieron nuestras damas.

Al hacer la trasposición a España de lo que hemos visto en los salones franceses se nos ofrece, inmediatamente, lo que pudiéramos llamar «un problema de escala». No era lo mismo, sin duda, proteger a don Ramón de la Cruz que a Diderot o a D'Alembert, dicho sea sin menoscabo de don Ramón. No pasaba éste de un escritor costumbrista, más bien conservador, mientras que los otros eran dos monstruos, portavoces del pensamiento que estaba gestando toda la Edad Contemporánea. Tampoco debió ser igualmente enriquecedora la con-

versación con Montesquieu o con Voltaire, que con Moratín o Jovellanos, por mucho que sea el respeto que nos inspiren éstos.

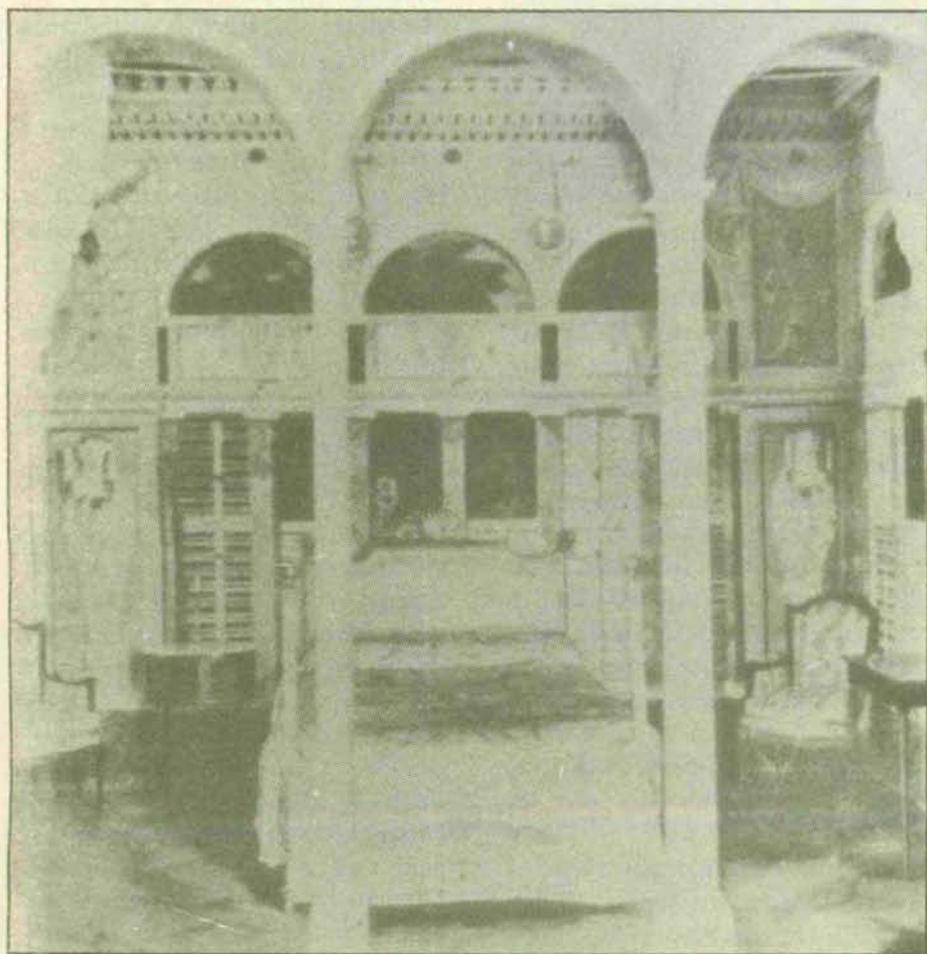
Nuestros salones fueron, pues, un fiel reflejo de lo que era nuestra propia sociedad española en el siglo XVIII. En nuestro país la Ilustración no dio grandes figuras, sino más bien un grupo estimable de medianos literatos y pensadores, «que no daban más de sí». Y que, para colmo, se desbandaron y se amedrentaron cuando la Revolución francesa mostró descarnadamente lo que pudiera ser también en España el «final de trayecto». A pesar de estas limitaciones es indudable que también existieron salones ilustrados femeninos entre nosotros y que tuvieron una considerable influencia en nuestra sociedad. Salones, algunos, promovidos por nuestras aristócratas más destacadas y en los que la mujer, si no llegó a alcanzar el papel que tuvo en la Corte francesa, tuvo un peso como hasta entonces no había tenido nunca en la vida social española.

En nuestro Madrid dieciochesco todas las tertulias eruditas cuajan, por así decirlo, en cuatro salones de una cierta importancia, presididos todos ellos por damas; el de la Condesa-Duquesa de Benavente, el de la Condesa de Montijo, el de la Marquesa de Lemos y, por último, el de la Duquesa de Alba.

Hubo, naturalmente, otros —no muchos— presididos por hombres, como el del Duque de Villahermosa y el del Marqués de Manca, que por su propia naturaleza se salen del marco de nuestra atención.

EL SALON DE LA CONDESA-DUQUESA DE BENAVENTE

Fue éste sin duda el más importante de Madrid y, hoy día,



La alcoba de la Duquesa de Alba en el Palacete de la Moncloa.

uno de los más conocidos. Tenían lugar las reuniones en la finca «El Capricho», próxima a Madrid, en el magnífico palacio allí levantado por los Duques.

Habían vivido éstos anteriormente, como lo hiciera gran parte de nuestra nobleza, en lo que hoy llamamos el Madrid de los Austrias, en los alrededores de Palacio. Los Benaventes tenían el suyo en la Cuesta de la Vega. Allí vivieron también, en la calle de Don Pedro, los Duques del Infantado. Y no muy lejos, en la calle del Duque de Alba, se hallaba el palacio de esta gran casa.

Pero la llegada de las costumbres francesas, con su moda de vivir en el campo, dio al traste con la española de agruparse en torno al Rey. Todos los nobles dieron la espantada y se apresuraron a construir sus nuevas mansiones en los alrededores de Madrid. La de Alba levantó su palacete en la Moncloa. Infantado fue a parar a sus extensas posesiones del Castillo de Viñuelas. Y los de Benavente compraron en 1783 los terrenos de la Alameda de Osuna, próxima al pueblo de Barajas, donde encargaron a los arquitectos Machuca y Medina una «folie» al más depurado estilo francés, con sus templetas, estanques y fuentes, como mandan los clásicos. En el siglo XIX, Antonio López Aguado modificó la traza original, para dar cabida al salón de baile.

La inmensa fortuna de los Benavente les permitió traer estatuas y plantas, muebles, telas y adornos de Francia, así como los vinos y comidas para abastecer despensas y bodegas. Imaginemos lo que debió representar en aquel tiempo, dadas las dificultades de nuestros caminos del siglo XVIII, mantener todo este tren de casa.



La Duquesa de Alba.

A estos atractivos añadieron la magnífica biblioteca reunida por el Duque de Osuna, quien disfrutaba de un privilegio especial para importar libros prohibidos.

La decoración fue encargada a Goya, amigo de la casa y uno de los primeros colaboradores de la Duquesa en su catequesis ilustradora, quien ejecutó para ella la serie de «La Pradera de San Isidro», «La gallina ciega», etc., tan bien conocida.

Tenían, pues, los Duques un lugar excelente para reunir a sus ilustrados y contaban con ellos, además, con la formación cultural precisa para actuar como núcleo aglomerante de una selecta corte literaria.

En su salón recibían a don Ramón de la Cruz, a Jovellanos, al Marqués de Manca, a Moratín, a Tomás de Iriarte, quien decía de la Duquesa...

«En la Puerta de la Vega, está la segunda casa adonde voy con frecuencia. Con esto conoceréis que ya la ilustre viajera (pues los viajeros ilustres son en España las hembras), vino a fijar su morada en aquella casa regia, donde a todos trata bien y a vos con ansia os espera.»

Don Ramón de la Cruz y don Manuel de la Peña se enfrascaban en interminables discusiones sobre filosofía, el torero en boga, la tonadilla del momento o la comedia de moda (8). También acudía el abate don Pedro Gil, a quien Iriarte le dedicó la siguiente poesía:

«El amigo Pedro Gil a todos nos causa gozo, aunque no es gallardo mozo sino visto de perfil».

El ambiente era de discusión animada y de diversión, alter-

nando las veladas literarias con las musicales. El gusto de los Duques por la música era extraordinario, hasta el punto de tener su propia orquesta, dirigida por Lindón. La Duquesa hizo copiar obras de Bocherini, Marmoy, Mozart y Rossini, Bocherini había venido a España para cultivar musicalmente a los Infantes, pero posteriormente abandonó este trabajo y le contrataron los Duques de Osuna, en 1786, por mil reales mensuales (9). Fue la relación establecida en el salón de la Duquesa la que permitió que el compositor italiano pusiese música a «Clementina», de don Ramón de la Cruz, que se representó en El Capricho.

La biblioteca musical de los Osuna adquirió fama, pidiéndole obras prestadas desde diversos puntos del país.

En 1785 escribían los Duques a su representante en Viena, intentando contratar a Haydn para su servicio. Compuso el escritor austriaco las «Siete sonatas con introducción y al final un terremoto, sobre las siete palabras de nuestro Redentor en la Cruz», para la Semana Santa de Cádiz, hoy quizás si no perdidas, sí olvidadas. Por desgracia, desbordado el compositor no pudo satisfacer los deseos de los Duques.

Estas veladas literarias y musicales se completaban con las teatrales. La afición de los Duques a las artes de Talía venía de largo. Ya la madre de la Duquesa amparó en su día a los hijos de la famosa cómica María Ladvenant, recogiéndolos en su casa. Y la propia Duquesa protegió a Pepa Figueras. En El Capricho construyeron, pues, su propio teatro y en él se representaron gran cantidad de obras, trayendo incluso cómicos de fuera para representarlas.

Tomás de Iriarte escribió para la dueña de la casa «El don de

gentes» y «Donde menos se piensa, salta la liebre». «El día de campo», de don Ramón de la Cruz, fue a su vez un regalo de la Duquesa a su yerno con ocasión de un cumpleaños.

La propia Duquesa actuó más de una vez, representando con sus amigas «El extranjero», en la que no intervienen más que mujeres.

No es preciso advertir que todas estas inquietudes y actividades se traducían entre bastidores en ayuda económica a los artistas amigos de la casa que la precisaban. Mecenazgo público y ayuda privada que no pueden menos de recordarnos, salvadas las distancias, a las de los Médicis en Carreggi. Don Ramón recibió durante cierto tiempo casa y comida, amén de todo aquello que necesitara, gracias a la generosidad de la Duquesa. Gesto parecido al de Madame de Tencin, cuando vestía a los asistentes a su salón parisino que no disponían de ropa adecuada.

El salón de la Benavente fue, en suma, el más típicamente ilustrado de la sociedad española, tanto por sus invitados como por los temas que se tocaban y el aire general de renovación de ideas que entre ellos se respiraba. Desde luego fue el más famoso de su tiempo.

Lady Holland, cuya correspondencia con Jovellanos constituye un verdadero reportaje de la época, decía a éste en una de sus cartas: «...es sin duda la más inteligente e informada de su siglo...» (10).

EL SALON DE LA CONDESA DE MONTIJO

Doña María Francisca de Sales y Portocarrero casó con don Felipe Antonio de Palafox, Marqués de Ariza. Detentaba, por herencia, el título de Teba y pertenecía a una de las grandes casas del país. Por su formación familiar dio a su

vida una vertiente mucho más religiosa que literaria. Y por su posición social llegó a reunir uno de los salones más importantes de su tiempo (11).

Se reunían en su casa principalmente personajes eclesiásticos, como don Baltasar Calvo, canónigo de Madrid, el dominico Fray Antonio Guerrero, el Obispo de Cuenca, don Antonio de Palafox —cuñado de la condesa— y el de Salamanca, Tavira. Asistieron también don José Yeregui, preceptor de los Infantes, y don Joaquín de Ibarra y don Antonio Posada, canónigos ambos de la Colegiata de San Isidro.

Pero decir religiosa no quiere decir en este caso que la reunión fuese reaccionaria. Por el contrario, el salón de la Montijo fue siempre considerado por la Inquisición como claramente jansenista. En su «Historia crítica de la Inquisición» dice Llorente que esta opinión respondía, en el sentir del vulgo, a que existía realmente una marcada corriente progresista dentro de esta tertulia (12).

No podemos olvidar, al juzgarla con la visión de nuestro tiempo, que los jesuitas habían vuelto a España en 1789, por Real Orden de Carlos IV, y venían acostumbrados a sus intrigas ante el Rey de Francia —que dieron lugar, en su día, a toda esa monstruosa fantasía de la Abadía de Port-Royal des Champs— y vieron sin duda en este salón un efectivo «grupo de poder» de signo antagónico.

El hecho cierto es que en él no se discutía de música ni de comedias, como en el de la Benavente, sino de temas de mucha más enjundia. La Condesa era tan ilustrada como pudiera serlo aquélla, pero profundamente religiosa y dotada de un exaltado temperamento estaba animada de un vivo deseo de transformar

la «religiosidad», fanática y sentimental, del pueblo español en un verdadero pensamiento cristiano.

Quién sabe si no se adelantó en ello dos siglos a su época. Tradujo del francés las «Instrucciones sobre el matrimonio», de Nicolás de Letourneaux, obra que ya los jesuitas se habían apresurado a incluir en su Índice o Biblioteca Jansenista.

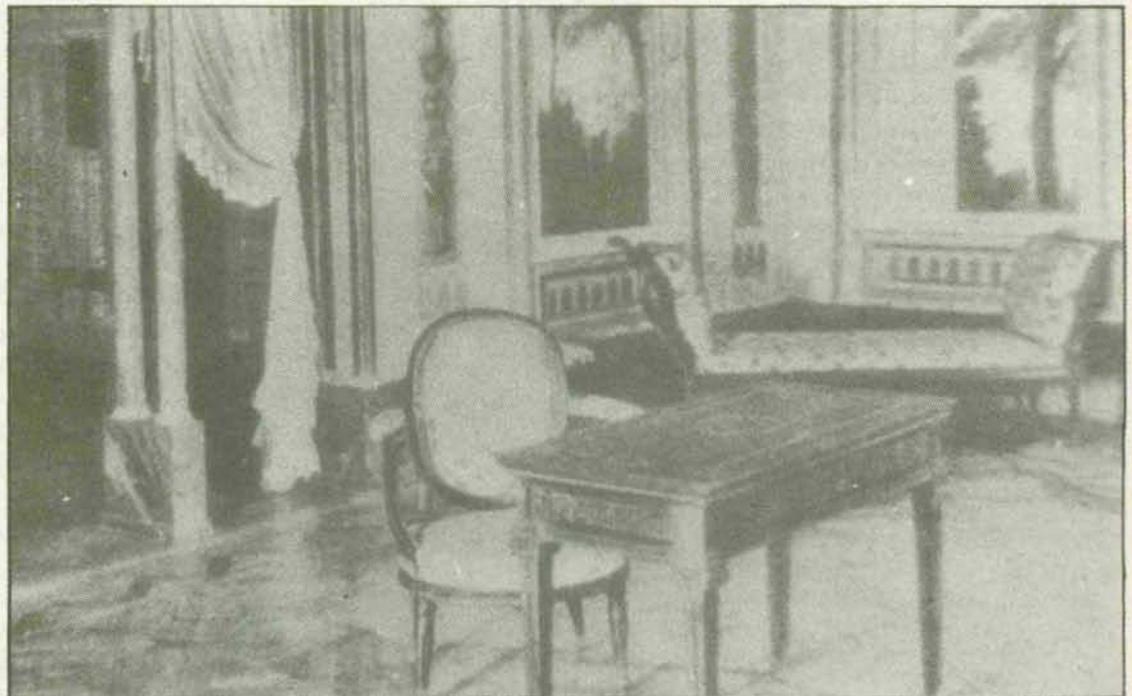
Esta obra sirvió a la Condesa para introducir en nuestro país el conjunto de ideas reli-

de los ricoshombres y cómo la fueron perdiendo, hasta llegar al punto de opresión en que se hallan hoy», con ánimo de leerlo en sesión pública en la Academia de la Historia. Y no se le ocurrió cosa mejor que enviar un ejemplar del discurso, acompañado de una carta anónima, al Príncipe de la Paz. La orden de destierro fue, naturalmente, fulminante y tuvo la Condesa que interponer toda su influencia ante el valido para impedir que se cumpliese. La opinión pública

EL SALON DE LA CONDESA DE LEMOS O LA «ACADEMIA DEL BUEN GUSTO»

La Marquesa de Lemos tuvo uno de los salones más originales del siglo, que se denominó la «Academia del Buen Gusto» y que, a juzgar por su nombre, podríamos relacionarlo con el parisino de Madame de Geoffrin.

Estaba situada la Academia en su casa, en la calle del Turco, y copiaba sin rebozo al sa-



Dormitorio de la Duquesa de Alba, en el Palacete de la Moncloa.

giasas con el que ella se identificaba. Iba precedida por un prólogo-carta a la Condesa de Montijo del Obispo Climent, donde exhortaba a ella y a su marido a que repartieran entre ambos la pesada carga de dar a sus hijos la más «racional» y cristiana educación en una sociedad oscurantista. La carta iba cargada de espíritu supuestamente jansenista y de prevenciones contra los jesuitas.

Al malestar que producía en la Corte la existencia de este salón anticonformista vino a añadirse el incidente de su hijo, el Conde de Teba, con Godoy. Había escrito el Conde su «Discurso sobre la autoridad

atribuyó el escrito a la mano de la Condesa, aun cuando en verdad ésta nada sabía de él. Con estos antecedentes y tan «mala prensa», no tardó en hacerse incómoda la propia Condesa y de allí a poco fue ella la que recibió la orden de destierro, obligándola a trasladarse a Logroño. Con lo que su salón desapareció por liquidación.

La Condesa murió en el destierro, en 1808, pero su figura y actividades fueron tan importantes desde el punto de vista del cambio de nuestro modelo tradicional de sociedad que bien justifican por sí solas un estudio más detallado.

lón de Madame de Rambouillet. Se agrupaban en ella nobles y literatos a la moda, como Luzán, Nasarre, el Conde de Torrepalma, el de Medinasidonia, el Duque de Béjar, etc., quienes, siguiendo una costumbre muy de la época, se llamaban con apodos entre sí. Y así vemos entre ellos al «Sátiro Marsias», al «Justo Desconocido», al «Difícil», etcétera.

Villaroel nos ha dejado una descripción rápida de este salón en una de sus cartas:

*«Aquí estoy en Madrid, que no
[en la Alcarria,
y en la casa también de la de
[Sarria.*

*Marquesa hermosa, dulce pre-
[sidenta,
que no sólo preside, mas sus-
[tenta
con dulce chocolate
al caballero, al clérigo, al abate,
que traen papelillos tan bizarros
que fuera mejor gastarlos en ci-
[garros».*

Doña Josefa de Zúñiga y Castro, Condesa de Lemos y posteriormente de Sarria, por su segundo matrimonio, abrió su salón al enviudar, todavía muy joven, en enero de 1749, manteniéndolo hasta septiembre de 1751.

Poco sabemos del mismo y de las actividades que allí se desarrollaban. Tan sólo que la Marquesa era quien presidía y

dominaba la tertulia. Apenas los nombres de sus invitados. Por el breve verso de Villaroel no parece que valiera gran cosa la vida literaria de los mismos. Al menos el poeta entendía que hubiera sido mejor gastar en hacer cigarros «aquellos papelillos tan bizarros».

Moratín nos lo confirma con su indudable desprecio por estos contertulios, al contraponer su «Academia del mal gusto» o de los «Alcalófilos» a esta del «Buen Gusto».

EL SALON DE LA DUQUESA DE ALBA

Si las Condesas de Lemos y de Benavente representan entre nosotros la Ilustración, en su

faceta literaria y cultural y la de Montijo nos ofrece un punto de vista más trascendente, el salón de la Duquesa de Alba fue la diversión y el amor al majismo y a lo popular, sin mayores honduras.

Si la vida de la Duquesa es de todos conocida, no ocurre lo mismo con su salón, desgraciadamente tan poco estudiado como los anteriores.

Sabemos, sí, que a la Duquesa no le interesó nunca demasiado el proyecto de nueva sociedad española que tenían los ilustrados. Ni era afrancesada, como lo fueron otras aristócratas. Ni hizo intención alguna de contribuir, junto a las Damas de Honor y Mérito de la Sociedad Económica Matritense, a cambiar la ignorancia y la miseria en el país. Con estos antecedentes cabe fácilmente imaginar por qué su salón gozó fama de ser el más ameno y divertido de la ciudad.

Y a él vemos acudir a los mismos que ya hemos visto anteriormente —a don Ramón, a don Tomás, a don Francisco el sordo...— cuando, cansados de discutir sobre las nuevas corrientes filosóficas o literarias en otros salones, pretendían tan sólo entretenerse escuchando la última comidilla salida de los mentideros de la villa y corte, al regreso de los Caños del Peral o de la plaza de la Puerta de Hernani, adonde habían ido acompañando a la Duquesa para aplaudir y jalear al torero de moda o a la cómica de turno. En los salones de Alba la gravedad de unos y otros se tornaba en genio festivo. Y así, don Tomás se entretenía componiendo él mismo tonadillas para la Duquesa, como aquella llamada «El Misántropo», que se hizo célebre por su oda a Celmira, en la que la Duquesa hacía de pastora. Y don Francisco olvidaba sus males haciendo acuatintas, con gran



La Condesa de Montijo, niña, en Las Salesas.

regocijo de la anfitriona (13). Pero no sería correcto dar tan sólo esta imagen frívola de nuestra Duquesa. A su manera fue ésta un gran mecenas de su época. Lo fue al construir su palacete en la Moncloa y más tarde cuando, desde sus casas de la calle del Barquillo, inició las obras de su gran palacio de Buenavista, que nunca llegaría a ver. Buena prueba de su interés por el arte, por el gran arte, nos la da la lucha que entablaron a su muerte Godoy y la Reina, dos finos conocedores, para repartirse sus tesoros artísticos. Algunos de los cuales constituyen hoy las más valiosas preseas de nuestro Museo del Prado. Entre ellos las dos majas. Y obligada es aquí la referencia a su amistad con Goya, en cuya obra influyó indudablemente y mucho la gran admiración que sentía por la Duquesa.

Lástima grande fue —dicho sea incidentalmente— la gran pérdida documental que sufrió España en vida de la Duquesa con ocasión del incendio de los importantísimos restos de la biblioteca del Conde-Duque de Olivares, vinculada a la Casa de Alba, y entre los cuales se encontraban gran cantidad de manuscritos de un valor histórico incalculable, que ardieron conjuntamente con los edificios de la calle del Barquillo (14). Sin entrar en su vida, que aquí no nos interesa, cabe decir, en suma, que, moviéndose en un entorno artístico muy elevado, su salón fue más dado a gozar de lo popular que a estudiar y tratar de resolver los problemas del pueblo.

Y, sin embargo, andando el tiempo —inconsecuencias del destino— fue María Teresa Cayetana, de todas las aristócratas cuyos salones hemos rápidamente repasado, la que mayor proyección tuvo sin duda sobre nuestro acervo cultural ■ P. F.-Q.



La Condesa de Montijo rodeada de sus hijas.

BIBLIOGRAFIA

- (1) POQUELIN, Jean Baptiste: *Moliere*, Madrid, 1971, Ed. Prensa Española, pág. 15.
- (2) GONCOURT, E. y J.: *La mujer en el siglo XVIII*, Madrid, s. f., Ed. La España Moderna, pág. 240.
- (3) GONCOURT, E. y J.: *Op. cit.*, pág. 227.
- (4) GONCOURT, E. y J.: *Op. cit.*, pág. 197.
- (5) DUHET, Paul Marie: *Las mujeres y la revolución 1789-1794*, Barcelona, 1971, Ed. bolsillo, pág. 82.
- (6) DUHET, Paul Marie: *Op. cit.*, pág. 72.
- (7) MARTIN GAITE, Carmen: *Usos amorosos del XVIII en España*, Madrid, 1972, Ed. Siglo XXI, pág. 200.
- (8) YEBES, Condesa de: *La Condesa de Benavente. Una vida en unas cartas*, Madrid, 1955, Ed. Espasa Calpe, pág. 71.
- (9) YEBES, Condesa de: *Op. cit.*, pág. 87.
- (10) JOVELLANOS, Gaspar Melchor de: *Obras completas*, Madrid, 1956, Ed. Biblioteca de Autores Españoles, tomo IV, pág. 407.
- (11) SERRANO Y SANZ, M.: *Apuntes para una biblioteca de escritoras españolas, desde 1401 al 1833*, Madrid, 1903, tomo II, pág. 80, sobre la Condesa de Montijo.
- (12) TOMSICH, Maria Giovanna: *El Jansenismo en España*, Madrid, 1972, Ed. Siglo XXI, pág. 26.
- (13) EZQUERRA DEL BAYO, Joaquín: *La Duquesa de Alba y Goya*, Madrid, 1959, Ed. Aguilar, pág. 166.
- (14) EZQUERRA DEL BAYO, Joaquín: *Op. cit.*, pág. 137.